

... Lenguaje, título del guión, Gabriel Miró, autor Vicente Granados, fecha de emisión 18 del 10 del 79. Miró escogió un camino difícil. Él comenzó a escribir cuando los componentes del 98 estaban en su apogeo, cuando el tema de España era uno de los fundamentales para los escritores. España no era problema para Miró. Él mismo dijo, Quizá por la palabra se me diese la palabra.

la plenitud de la contemplación. Su obsesión era lograr la belleza en su obra. Por eso, no extraña que en sus cuentos y novelas predomine la descripción sobre la narración. A Miró, según esta perspectiva, le interesa más el ambiente que la acción. Es, pues, antípoda respecto a varios miembros del 98. En cualquier caso, no se puede olvidar que hacia 1914 aparece un grupo de escritores con planteamientos diferentes a los noventayochistas y que se han denominado generación del 900 y de 1914. Los novecentistas son decididamente europeizantes y abandonan el castellanismo anterior. Ponen además un cuidado especial en la elaboración del estilo. Se caracterizan también por su exquisita formación. Muchos de sus miembros participaron brillantemente en proyectos de la época. En el siglo XXI, los noventa y ocho escritores de la época se han convertido en los más importantes de la época. Algunos llegaron a desempeñarse en las escrituras de la época. En el siglo XXI, los noventa y ocho escritores de la época se han convertido en los más importantes de la época. En el siglo XXI,

empeñar ministerios durante la Segunda República, como Manuel Azaña o Salvador de Madariaga. El primero fue presidente de la República durante la Guerra Civil. El periódico El Sol, dirigido por Ortega, publicó el 10 de febrero de 1931 el célebre manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República, firmado por Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y Ortega. Este último había publicado hacía pocos meses el artículo El error Berenguer, en el que se oponía definitivamente a la monarquía. Sí, pero los puntos que ha señalado en algunos novecentistas no suponen una ruptura con los noventa y ochistas. El paisaje castellano, por ejemplo, inspira páginas espléndidas de El jardín de los frailes de Azaña, que es otro novecentista olvidado, como Eugenio Dors. El punto que separa claramente a noventa y ochistas y a novecentistas, es la devoción por la cultura europea, que sintieron especialmente

los últimos. Además, el concepto generación es más que discutible. E incluso aceptándolo, ¿podemos homologar generacionalmente a Ramón Gómez de la Serna con Gabriel Miró o a Pérez de Ayala con Azaña? Yo creo que la respuesta es negativa. En el caso de Miró, es necesario insistir en el cuidado con que el escritor alicantino cultiva su prosa. Por eso, Jorge Guillén, al escribir uno de los mejores estudios que se han publicado sobre Gabriel Miró, lo titula Lenguaje suficiente. Ahí escribe Guillén. Muchos poetas hay, tal vez la mayoría, que ven en su idioma el mejor amigo. Así, por ejemplo, Góngora. Sin una gran fe en las palabras, no las habría buscado y elegido con tanto fervor. Nadie gana en ese fervor y en esa fe, entre los españoles modernos, a un admirable lírico, el novelista Gabriel Miró. También ha observado Guillén.

que todo Miró está en esa insistencia con que usa pronunciación junto a revelación. El sonido inteligible es descubrimiento a la vez que forma, descubrimiento de mundo a través de forma verbal. Es Miró quien escribe, alegría de la revelación y de la pronunciación de la palabra pueblo. Igual da si pronunciara sombra, jávea, etcétera. No nos confundamos, la palabra no sería deliciosa si no significase una calidad. Vemos que Miró no es un palabrista

sino un escritor que descubre en las palabras sus sensaciones ocultas. Por eso el ritmo de sus novelas y cuentos es lento. A Miró no le interesa la acción sino el descubrimiento. Oigamos unos retratos que pertenecen a una de sus obras más célebres. Figuras de la pasión del Señor.

María hilaba a la sombra de la vid Cleofás, sentado en el peldaño colgándole por la rodilla sus puños de labrador miraba a sus hijos Simón y José que vinaban la tierra cansada y los cuerpos doblados a la mancera de olivo y los bueyes tardos, rojos, peludos pasaban y volvían sobre el fondo azul y encendido de sol de las aguas de Genézaret María era menuda y graciosa llevaba una túnica ondulante y rubia como el trigo maduro y sandalias de piel de oveja cosidas por Cleofás que ya llegaba a la senectud y su carne de sarmientos resaltaba entre el lino de su sallal que le tejó la esposa y la esposa de la esposa

y de sus barbas de patriarca. Callada o conversando, trajinera o embelesada, María siempre estaba sonriendo. Su boca, húmeda y casta, semejaba en todo instante que hubiese acabado de exprimir la miel de sus uvas o de beber del agua de su aljibe, blanco como un cordero. Y en sus ojos, del negror a terciopelado de sus trenzas, siempre moraba una luz de lejanía. Y el esposo suspiraba mirándolos. ¿Con qué placer evoca Miró su paisaje levantino? La palestina de sus obras, es el reflejo de su levante natal. De su levante y de sus ocupaciones. Aunque

Miró estudió en el colegio de la Compañía de Jesús en Orihuela, la oleza de sus obras, trabajó en una enciclopedia sagrada. Todo esto influyó poderosamente en su producción. Quizá por todo ello, el paisaje de Miró no es ni abstracto ni apersonal. Miró se apropia de su paisaje levantino y en este objetivismo aparente late una gran tristeza por abandonarlo. Le duele que el paisaje haya de seguir sin nuestra emoción, sin nuestros ojos, sin nosotros. Consecuentemente, se apodera de ese mundo inmediato con sus cinco sentidos. Miró no es un colorista, como se ha afirmado inconsecuentemente. Por eso observa Jorge Guillén. Quizás el olfato intervenga aún más finamente. Los olores se huelen tanto como se imaginan y llegan a oler hasta el alma y la abstracción. No nos extraña oír a un personalista que se ha convertido en un personaje de Miró afirmar que es la felicidad la que tiene.

su olor. Olor del mes de junio. Miró sabe también que el hombre deja de ser niño cuando empieza a recordar. El niño vive y juega, pero no recuerda. Esto es propio del adulto. He aquí el sutilísimo drama de Gabriel Miró. El tiempo está casi tan presente en su obra como el espacio. Se ha hablado mucho del espacio mironiano. Su levante natal transfigurado en Palestina, no sólo la Palestina que él aprendió en su trabajo en la enciclopedia sagrada, sino la que el niño Gabriel Miró se formó en su imaginación a través de las narraciones que su madre le hacía de la pasión del señor. Eso está muy claro en la obra de Miró. El espacio no existe como tal fuera del hombre. Le pertenece. Y más si ese hombre es un escritor. Miró no es un escritor. Miró descubre el espacio a través de las sensaciones y éstas le llevan al recuerdo.

El caso es análogo al de Marcel Proust. El levantino ve a través del humo dormido, título de una de sus mejores obras, y el francés intenta recobrar el tiempo perdido. Para ambos, el recuerdo es en ocasiones la única forma de contemplar exactamente las sensaciones pasadas. Miró afirma que hay episodios y zonas de nuestra vida que no se ven del todo hasta que los revivimos y contemplamos por el recuerdo. El recuerdo les aplica la plenitud

de la conciencia. De forma análoga, Proust evoca repentinamente el pasado al mojar la magdalena en el té. Olor y sabor le devuelven a la infancia. Ahí terminan las analogías entre los dos genios. Miró necesita la creación de un personaje que sea su alter ego. Lo bautiza con el nombre de Sigüenza. Sigüenza es un hidalgo rural humildísimo. Que aparece en Del Vivir.

publicado en 1904, en el libro de Sigüenza de 1928 y en glosas de Sigüenza, entre otros. Las cerezas del cementerio, 1910, es la primera novela de Miró. El tema, pero no sólo él, pasión amorosa entre un joven y una mujer mayor, nos recuerda al Valle Inclán de las Sonatas. Pero Miró alcanza su madurez con Nuestro Padre San Daniel, 1921, y El Obispo Leproso, publicado en 1926. Sin embargo, cuando aparece El Obispo Leproso, Ortega y Gasset le dedica un ensayo en el que afirma que Miró es un formalista puro, cuyo culto por la belleza le impulsa a excluir de su obra la acción, las ideas y las emociones que la mayoría de lectores espera encontrar en la narrativa. Esta afirmación también es la que se encuentra en el libro de Sigüenza de 1928, que, a pesar de ser vaga, ha tardado mucho tiempo en morir. Cosas análogas se han escrito sobre Nuestro Padre San Daniel.

de la que El obispo leproso es la continuación. Lo que sí es cierto es que ambas novelas rompen con la estructura tradicional. Se ha hablado mucho del lirismo mironiano, pero poco de sus novedades técnicas. Miró, además, no se dedica a cantar sin más el tiempo pasado, sino que une a ello un fino espíritu crítico y capacidad de observación. Aunque ambas obras tengan un fondo religioso, no son de tesis religiosa. La lepra del obispo puede ser simbólica. Uno de los personajes se dirige así al obispo. ¿Y es lepra? ¿Lepra de verdad lo que aflige a su ilustrísima? Y dicen que por los pecados de la diócesis. La lepra es el terrible contrapunto al júbilo del obispo, pero la enfermedad nunca llega a afectar su alma. Y al soportarla con entereza, le es posible dar a Oleza y a sus habitantes una madurez y una serenidad que no se pueden perder. Las lepras son una de las cosas más civilizadas de las que antes carecían.

Pero donde se expresan con mayor intensidad los recuerdos de Miró es en sus relatos breves, como los que dedica a Sigüenza, especialmente Años y Leguas, de 1928, donde termina Y aquí dejaré a Sigüenza quizá para siempre. Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud, porque sin un poco de juventud no es posible Sigüenza. Afortunadamente, Miró no cumplió. Pero volvamos a ese fresco admirable donde resucita a Palestina, una Palestina que es su levante natal y que da como resultado Figuras de la pasión del Señor, libro publicado entre 1916 y 1917. Oigamos una descripción. Fin

Pasaba Josef por sus maizales recién regados que oprimían la senda Todo verdor tierno movido mansamente sobre el azul Después el muro de frescura se abría en planteles de centeno, de sésamo y cártamo en Alcacer Relumbraba el alboroto de las acequias y salía el agua en láminas de sol derretido anegando los frijoles que se suben a sus horquillas ciñendo los troncos desnudos de las escalonas y coles que crecen libres, recias y fecundas para las madres de las almácigas Luego venían los frutales, prendidos juvenilmente de flores como brisa cuajada Duraznos, bergamotos, ciruelos, cerezos y toda la variedad de los manzanos de Samaria desde los que llevan el fruto harinoso y ácido

hasta los que dan las pomos de carne traslúcida, como un alabastro de mieles. Pues bien, ese campo maravilloso existe por y para el hombre. El narrador ha dado cumplida cuenta de

lo que ha visto, los frutales, las abejas, pero sólo el hombre sufre. Las abejas, nos dice Miró, trabajan afanosamente, pero sin angustias. El viejo José va contemplando sus campos de ensueño, al mismo tiempo que piensa que todo está puesto al servicio del hombre, para que tema más en su abundancia. 1919. Miró publica otra obra cumbre. El humo dormido.

no resucita violentamente el pasado, sino que éste se integra benévolamente en el presente, creando un presente continuado. Para muchos críticos, el humo dormido es su obra maestra, junto con los libros de secuencia. Fin